

# Un día cualquiera

ALFAGUARA



Hebe Uhart

Un día cualquiera

Primera edición: septiembre de 2015

© 2013, Hebe Uhart

© 2013, de la edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial

Humberto Primo 555, C1103ACK, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

© 2015, de la presente edición:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

© 2013, Raquel Cané, por el diseño de la cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1952-7

Depósito legal: B-19004-2015

Impreso en BookPrint Digital, S. A. Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

AL 1 9 5 2 7

## Índice

Antonio Tormo	9
Los hermanos Schiavi	13
La tía Celina	17
Mi barrio y los vecinos	23
El olor de Buenos Aires	45
Poca imaginación	53
Maestrita	59
Desfulanizar	71
Un viaje a La Paz	75
Turismo urbano	83
Historia de una venta	95
¿Y cómo pudo ser?	125
En la peluquería	133
Para dejar de fumar	137
La coordinación	141
Junto a la ventana	145
La presentación multimedia	149
Hola, chicos	153
Mi café del centro	157
Un día cualquiera	161

## Antonio Tormo

Después de comer, cuando mi mamá hacía la siesta, yo me sentaba junto a la radio para escuchar a Antonio Tormo. Tenía permiso para no dormir la siesta; ya no hacía ruido ni iba a despertar a nadie. Eso sí, era una hora en que me daban ganas de ponerme dentro de algo, por ejemplo en el zaguán, o debajo de un árbol de mandarinas. Una vez, me comí toda la producción del árbol. O me iba a leer al zaguán, con las piernas en alto, como aconsejan las revistas, y en un rinconcito de la cocina escuchaba a Antonio Tormo. Tenía una voz finita y sonaba como si lo estuviera rondando un resfrío, pero no me parecía un defecto, le añadía un ingrediente interesante. Esa voz era como un reclamo, como una queja soterada. Yo me sabía casi todas sus canciones y no me importaba escucharlas veinte veces porque quería descifrar la letra. Una era:

Cuando pa' Chile me voy,  
cruzando la cordillera,  
late el corazón contento  
una chilena me espera.

(A la vuelta lo esperaba una cuyana.) Y terminaba:

Vivan la chicha y el vino,  
vivan la cueca y la zamba.

Dos puntas tiene el camino  
y en las dos alguien me aguarda.

La parte de vivas a la chicha y al vino me gustaba, siempre es lindo alegrarse. Ahora yo tardé en entender que en cada punta lo esperaba un amor, cuando empecé a escucharlo pensé que se refería a que en cada lado había como unos grupos de personas que lo esperaban: siempre es lindo ver gente. Pero descubrí que él tenía dos. ¿Se puede alegrar una persona por tener dos o debe preocuparse? Me tranquilicé porque pensé que ellas no se iban a enterar nunca porque las separaba la cordillera. A lo mejor en la cordillera se usaban esas cosas; en Moreno, no. Aparte me parecía extraordinario que cruzase la cordillera; qué lindo debía ser. Después había otra canción que empezaba así:

Caballero del ensueño, llevo pluma por espada.

Eso encerraba dos enigmas. Caballero del ensueño, ¿vendría a ser como caballero de los sueños? Sí, eso me gustó. ¿Pero por qué pluma por espada? Llevaría una pluma en el sombrero. Esa canción seguía así:

Tengo un primo, él es rico, poderoso y bien querido,  
yo soy pobre, soy enfermo, pienso, escribo y sé  
[soñar.

Cuando empecé a escucharlo cada frase era una revelación; después empecé a unir las partes; tarde me di cuenta de que la pluma tenía que ver con escribir. Pero decía que era pobre y enfermo. ¿Todos los que escriben serán pobres y enfermos? No puede ser. Igual me daba

---

pena que cantara eso de enfermo. Lo hacía con esa voz triste, como de resfrío. Esa canción seguía así:

Y una noche, de esas noches tan amargas que he  
[sufrido,  
mis harapos con su smoking se rozaron al pasar.

(Se cruzaba con un primo rico.) A esa parte yo no le daba bolilla; me parecía muy natural que si era pobre llevara harapos y el rico smoking. No entendía el porqué de tanta amargura. Por eso no sabía de memoria todas las canciones, sólo unas frases. Pero la que aprendí de memoria porque me produjo honda impresión toda entera fue «El linyera»:

Linyera soy,  
lo que tengo lo gasto o lo doy.

El único linyera que yo conocía era un viejo, lo llamaban Pato. Le preguntaban: «¿Cómo te llamás?». Y él contestaba, lo más sonriente, con el nombre que le habían puesto. Del nombre verdadero no se sabía nada, de su pasado, tampoco. Más bien parecía que él tampoco conocía su pasado ni su nombre verdadero, y además, que le importaba muy poco todo eso. Siempre decía cosas ininteligibles con una risita estúpida. Pero este linyera de la canción decía con voz bien clara que era linyera, vendría a exhibir una gran valentía, digamos, como si se sintiera orgulloso de serlo, lo que era notable. Y además «Lo que tengo lo gasto o lo doy», ¿pero qué plata puede tener un linyera? Pato tomaba vino y no le daba nada a nadie porque no le alcanzaba, pero además la cabeza no le daba para darle

algo a alguien, y además nadie hubiera recibido dinero de él porque estaría sucio, contaminado de roña como su grasiento sombrero. La otra estrofa decía:

No sé soñar ni en la vida deseo triunfar.  
No tengo norte, no tengo guía,  
para mí todo es igual.

Y es que no tener sueños debía ser una cosa terrible. Porque el poeta llevaba harapos pero era soñador, era otra cosa. Ahora, «Ni en la vida deseo triunfar», ¿qué sería eso de triunfar en la vida? ¿Triunfar sería algo así como ganar? Eso lo entendía para jugar a la paleta. En general mi amiga siempre me ganaba, siempre triunfaba sobre mí. Y una vez en que estaba por triunfar yo, la dejé ganar porque me estaba mirando con odio y bronca. No, yo tampoco deseaba triunfar porque después todos te odian. Pero, pero, yo no soy como el linyera, yo no soy linyera, entonces ¿qué soy? Y así, sin ruido ni drama se anunciaban los quién soy y los cómo soy. Ya vendrían después las mismas preguntas con ruido y drama.

---

## Los hermanos Schiavi

Los hermanos Schiavi vivían a una cuadra de la casa de la abuela grande y si me quedaba unas horas allí me daban permiso para darme una vuelta por la casa de los hermanos, que era muy parecida a la de la abuela, pero con jardín interno. Ellos eran cinco hermanos jóvenes, de los dieciocho a los treinta, y a mí me intrigaba que fueran tantos y tan distintos entre sí. Me admitían como espectadora de sus actividades diversas y me tomaban de punto. (Ahí se confabulaban todos para contarme cosas rarísimas.) Todos, salvo la mayor, Alicia, que tenía cara y modales de señora. Ella tenía un novio inmenso y muy alto de apellido Montagna. Era agrimensor y a mí me parecía apropiado para manejarse en grandes terrenos y para novio de Alicia, que no tenía sobrenombre y su noviazgo era tan serio que ya parecían casados. A la siguiente, Yuyo, le tocaba un novio más festivo que jugaba conmigo al molinete, y Yuyo no parecía preocupada ni se esmeraba cuando venía su novio. A mí los hermanos me contaron que Yuyo tomó la mamadera hasta los veinticinco años y yo pensaba en cómo se conciliaba eso con tener novio porque estaba interesada en esa época en las edades de la vida. Había una propaganda en la que se veía a una chica de diecisiete años y debajo decía «La travesura adolescente». Era una chica de pelo largo al viento y yo me alegraba pensando en cuánto me faltaba todavía para tener la

---

edad de la más joven de las mujeres de la propaganda. Debajo de su retrato decía: «Veintisiete años, el fuego de la pasión». Y yo pensaba qué sería cuando la pasión se desataba, sería como una plenitud, ¿sería como un fuego que no se podía contener? Si Yuyo estaba más o menos en esa etapa de la pasión, ¿qué hacía tomando la mamadera? Y no tenía cara de pasión desatada, tenía cara de que le daba igual que viniera su novio o no.

Cuando ellos me molestaban o me hacían rabiar, pasaba la madre como alguien que dice algo y va hacia un destino mayor, y decía:

—Déjenla en paz.

En tono neutro e indiferente, como con conocimiento de los bueyes con que araba.

El varón más grande, Pancho, era marino. Nunca lo vi con traje de marino, una vez lo vi disfrazado de Carmen Miranda y bailó en el patio con un turbante y frutas en la cabeza. Se ve que estaban acostumbrados a este baile porque el varón más chico estudiaba medicina en otro rincón del patio. De él me hubiera gustado saber qué pensaba de la vida, pero nunca le vi emitir opinión alguna, estudiaba en el patio indiferente a cualquier circunstancia y repetía su lección en voz baja. Yo me paraba frente a él para buscar charla, pero ni me hablaba ni daba señales de incomodarse con mi presencia. Era como una mónada sin puertas ni ventanas. De la más chica, Pato, se decía que no terminó el secundario porque insultó a un profesor, salió de la clase y no volvió nunca más. Se ve que nadie le dijo nada porque esa madre no era de señalar las cosas, pasaba casi imperceptible hacia quién sabe qué tareas. Eso sí, hacía licor de huevo y una vez me convidó una pintita con aire de repartir el licor por el universo entero, ya

---

que una copita de eso no se le niega a nadie. Me pareció asqueroso y nunca más he probado ese licor. Yo a la menor la miraba bien para ver si encontraba algún signo de rebeldía en su cara, algún signo de ser capaz de insultar a un profesor, pero no veía más que una mirada evasiva. De la mamá se decía en casa: «Es muy competente, muy prestigiosa», pero yo veía una señora distraída que estaba siempre en tránsito y no observaba que su hijo se disfrazaba de Carmen Miranda. El que más me intrigaba era el que estudiaba en un rincón del patio. ¿Cómo podía estudiar con todo ese movimiento alrededor? Era tan su lugar ese rincón del patio que parecía su habitación.

En mi casa me contaron que los abuelos de ellos eran inventores, habían gastado bastante dinero en producir sus inventos, pero al no ser reconocidos estos inventos por los demás, murieron pobres y amargados. No pude saber qué inventaron, pero sí que quedaron aislados del resto del pueblo. Como yo iba bastante a casa de ellos, para que no metiera la pata en mi casa me contaban lo que debió ser un estrepitoso fracaso de los abuelos con un manto de prudencia. Pero me moría de ganas de preguntarle a Yuyo, la que decían que tomó la mamadera hasta los veinticinco años y que a veces me charlaba recostada en su cama, qué inventaron sus abuelos, pero no había lugar, no había lugar. Ninguno de ellos me iba a contestar esa pregunta y como ya no quería que me tomaran el pelo, dejé de ir a esa casa porque encontré otras. No preguntaron por qué no iba: no era gente de aceptar o rechazar, lo que hay es lo que aparece y ya está.

## La tía Celina

Mamá contaba, a pedido, la historia de su tío el suicida a quien no había conocido, era hermano de su papá y se suicidó cuando eran solteros. Esta historia se la contó a ella su papá, el abuelo que no llegué a conocer. La historia es así: Mi abuelo tenía dos hermanos: Celina, que yo conocía, y Juan, que no llegué a conocer. Se mató porque el padre le daba todo lo mejor a Celina, hasta le compró una potrillita y a él, nada. A él lo mandaba a carpir la huerta. Juan se había quejado muchas veces de la injusticia ante mi abuelo y se ve que mi abuelo era contemporizador porque le decía: «No te hagas mala sangre, Juan, ya vendrán tiempos mejores», pero Juan empezó a anunciar que si todo seguía así se iba a matar. Mi abuelo no le creyó. Un día Juan se pegó un tiro, quedó muy malherido dos días y después se murió. Parece que se lamentó amargamente durante toda una noche y le dijo a mi abuelo: «Nunca, nunca te cases con una mujer que tenga un suicida en la familia». Mi mamá repetía esta última frase en tono taxativo, como cuando decía: «Nunca, nunca vayas al sol con la cabeza descubierta». Como yo no conocía a ningún suicida, ni ningún otro cuento sobre ese tema y ese suicidio había ocurrido hacía tanto tiempo, el cuento sólo me despertaba una gran curiosidad, como si ese hecho fuera posible solamente en tiempos tan antiguos donde la gente carpía la huerta y había padres tan injustos como ese del cuento.

---

Yo pensaba que si me hubiese pasado a mí me hubiera escapado de mi casa, y también me parecía que mi abuelo estuvo desatento a su hermano. Me pareció que lo que contaba ella después era lógica consecuencia de la desidia humana; habría que haber acompañado al suicida a sol y a sombra, o tal vez haberlo atado hasta que se le pasaran esas ideas. Mi mamá decía:

—Después del suicidio de su hermano, mi papá se enfermó del corazón para siempre.

Había algo en ese cuento que me producía perplejidad y cierta irritación. ¿Qué significaba que ella me dijera «Nunca te cases con el familiar de un suicida»? Por empezar, yo tenía diez años y no me pensaba casar hasta mucho después, y además ¿cuántos familiares de suicidas había en el mundo? Muy pocos. Pero tal vez lo que más me molestaba era el tono dramático con que mamá contaba esas anécdotas, sobre todo las referidas a su padre y a la enfermedad del corazón. Era como si en ese tiempo (un tiempo en el que yo no existía) hubieran ocurrido todos los dramas, todas las cosas importantes. Mi mamá contó otra cosa: durante mucho tiempo, mi abuelo estuvo distanciado de la tía Celina y parece que la consideraba causante de todo el drama familiar. A la tía Celina la conocí de vieja; era incapaz de causar un drama familiar a nadie. Era una vieja muy bonita, de pelo blanco y ojos azules, hablaba en voz muy baja y visitaba a mi abuela, que vivía en el centro del pueblo. Era su cuñada, se ve que mi abuela había retomado la relación porque eran amigas. La tía Celina era más mansa que una oveja y mi abuela la quería mucho, siempre esperaba que viniera. ¿Se habrían amigado o nunca estuvieron peleadas? ¿No sería mi abuelo un hombre equivocado al considerar a Celina

la fuente de todos los males? Era imposible al verla pensar que hubiera causado el suicidio de su hermano.

La tía Celina vivía en una quinta a unas cinco cuadras del centro; mi abuela vivía con María, su hija loca. Cuando María estaba en calma, recibía lo más bien a Celina y le hacía demostraciones de cortesía exagerada a las que Celina contestaba con su voccecita inaudible, todo en ella era como que quería pasar desapercibida; era de rasgos muy suaves. La que no pasaba desapercibida era la valija que traía; todas las veces cargaba desde su quinta una valija llena de naranjas. Cuando María estaba enojada, le gritaba cosas cerca de la puerta principal: entonces Celina golpeaba la puerta del garage. Una vez la abuela se escabulló de la vigilancia de María y le quiso abrir la puerta del garage; María se dio cuenta y la sacó de los pelos de la puerta; Celina tuvo que volverse a su casa con la valija llena de naranjas y además insultada, porque María le gritaba: «Valijera puta». Cuando Celina lograba entrar, las dos viejas se refugiaban debajo de la higuera y se hacían confidencias.

La casa de la abuela era grande y linda, pero no había en ella ningún signo que hiciera amable la vida; ningún adorno, ninguna planta colorida y eso que el espacio de jardín era importante. La abuela no arreglaba nada por vieja y María, porque era loca. Pero daba la impresión de que a la tía Celina no le importaba si la casa era grande o chica, fea o linda: toda vestida de negro y con su valija, ella iba a ver a su amiga al fin del mundo. Tal vez mi abuela le contara a Celina todo lo que tenía que padecer con esa hija que Dios le mandó. Mi abuela era una prisionera levantisca; si bien María le escondía los zapatos para

---

que no saliera a la calle y le taponaba las puertas, cuando María gritaba demasiado, la abuela le decía: «Loca, loca de mierda».

A mí la casa de la abuela me daba la impresión de un lugar ignorado por sus habitantes, como si a nadie le importara qué vajilla había. No recuerdo cortinas. En cambio la quinta de la tía Celina, a la que había ido pocas veces, me encantaba. La tía Celina vivía con sus dos cuñadas, ya viejas, porque los hijos se habían ido a vivir a Buenos Aires. El predio de la quinta era grande y allá lejos estaban los gentiles conejos. A veces había chanchitos recién nacidos. En el jardín había olor a jazmines y adentro de la casa a bollitos o pan recién hecho. Y me trataban esas dos solteronas con todo cariño, me llevaban a ver los conejos. De una de ellas, muy alta y delgada, mi mamá decía que de joven era tan hermosa como una aparición. Parece que un hombre se enamoró de ella al verla pasear por la quinta, pero el padre era terrible y tiró unos tiros al aire para espantar al mirón. No las dejaba salir a la calle, o sea que vivieron toda su vida en esa quinta sin salir. Y de ese cuento me llamaban la atención varias cosas: primero, cómo sería de hermosa, porque mi mamá daba a entender que se trataba de una aparición de las de antes, que eran mucho mejor que las de ahora, y segundo, cómo no intentó escaparse de esa casa y de ese padre. Y tercero, cómo era que había conservado tan buen humor de vieja sin salir a la calle nunca (para mí hubiera sido el peor castigo).

En esa casa, que era más de campo que la de mi abuela, había signos de emprendimientos, fabricación de dulces, alimentación de los gentiles conejos, árboles marcados con pintura blanca y un hule nuevo en